

## La pequeña aldea. Las tertulias, las damas y los bailes

Las porteñas no eran mujeres de mucha cultura; aunque todos los cronistas coinciden en que tenían una forma de trato agradable que, en países más adelantados, podía considerarse fruto de una alta educación.

En los bailes, por ejemplo, las damas se sentaban sumisamente juntas. Las reglas ordenaban que el caballero debía acercarse, si fuera posible con paso vacilante y tímido, para invitarlas al vals o al minué. Una trasgresión a esta costumbre podía ser muy mal vista. Eso sí, este acercamiento debía ir puliéndose a lo largo de otras tertulias para que la pareja fuera intimando. De tal manera, una relación conveniente culminaba en el pedido de mano de rigor para poder continuar, pero como ese tipo de reuniones era tan habitual, no faltaba oportunidad para concretar un noviazgo.

Había otras tertulias tan importantes como la de Mariquita, y no menos reconocidas por criollos y extranjeros.

Viene al caso recordar las palabras de los hermanos ingleses Juan y Guillermo Robertson (en *Cartas de Sud América*) quienes en 1820 dicen que la tertulia de don Antonio Escalada era la más agradable y por ello la más concurrida... eran reuniones familiares... La conversación, la música, el baile, la espiritualidad y el buen humor sazaban siempre la velada.

*En la misma casa, había media docena de parejas para la contradanza y el minué como no se encontraban otras en Buenos Aires: Doña Remedios y su hermana Nieves, doña Encarnación, doña Trinidad y doña Mercedes María...*

*El dueño de casa, acompañado a veces por su hijo, el gallardo coronel Escalada, y otras por el hijo menor, Mariano... presidía la reunión y daba gusto, en verdad, ver al sexagenario lleno de ánimo y bríos, sacar a dos o tres de las niñas más bonitas de la sala, una tras otra, y con mucha gracia bailar con ellas el minué...*

Pero no sólo bailaban, en estas reuniones las mujeres también hacían gala de otras virtudes: el canto y la ejecución de instrumentos, sobre todo piano, guitarra y arpa.

Una de las jóvenes que tocaba con más habilidad, dicen, era Dominga Saavedra, la hija de don Cornelio, el presidente de la Primera Junta de Gobierno. Mariquita también era una eximia cantante y pulsadora de arpa.

Además de la música "bailable" gustaba mucho la clásica, en especial la francesa luego de 1810, y esto debido al hecho de que, por no parecer apegados a España, a toda la alta sociedad se le había dado, como ya se dijo, por *afrancesarse*.

El incipiente interés de los criollos por la música, ahora llamada "culta" generó, como consecuencia, una verdadera oportunidad para los maestros europeos que podían vivir cómodamente dando clases; aunque ya en tiempos del Consulado —antes de la Revolución de Mayo— se había instalado un Conservatorio al que las chicas acudían, acompañadas por sus madres o esclavas, con el libro de música bajo el brazo.

Pero más allá de todo afrancesamiento y escuelas consulares, la música siempre ha estado presente en la historia de cualquier pueblo, sea en la alta sociedad como en la baja, en

francés o en español, sea un minué o un cielito, una sinfonía o un Himno Nacional como el que se interpretó por primera vez durante una tertulia en el mismo piano de Mariquita, de quien no puede negarse que, a pesar de toda la sujeción que se ejercía sobre las mujeres, estuvo a la par de los que hicieron la Patria.

#### Bibliografía

*La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires 1810 - 1860*

Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, EUDEBA 1999